

JOSÉ
SARAMAGO
CLARABOYA

TRADUCCIÓN DE PILAR DEL RÍO

ALFAGUARA

ALFAGUARA

Título original: Claraboia
© 2011, Herederos de José Saramago y Editorial Caminho, S. A. Lisboa
Mediante acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh.
Nicole Witt e. K., Frankfurt, Alemania.
© De la traducción: Pilar del Río
© De esta edición:
2009, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24
www.alfaguara.com

ISBN: 978-84-204-1109-5
Depósito legal: M-2.518-2012
Impreso en España-Printed in Spain

© Diseño de cubierta:
Rui Garrido
© Ilustración de cubierta:
Carlos Benito

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

A la memoria de Jerónimo Hilário, mi abuelo



En todas las almas, como en todas las casas, además
de fachada, hay un interior escondido.

RAUL BRANDÃO



1

Por entre los velos oscilantes que le poblaban el sueño, Silvestre comenzó a oír trasteos de loza y casi juraría que se transparentaban claridades a través del punto suelto de los velos. Iba a enfadarse, pero de repente se dio cuenta de que estaba despierto. Parpadeó repetidas veces, bostezó y se quedó inmóvil, mientras sentía cómo el sueño se alejaba despacio. Con un movimiento rápido, se sentó en la cama. Se desperezó, haciendo crujir ruidosamente las articulaciones de los brazos. Debajo de la camiseta, los músculos del dorso se contornearon y tensaron. Tenía el tronco fuerte, los brazos gruesos y duros, los omoplatos revestidos de músculos entrelazados. Necesitaba esos músculos para su oficio de zapatero. Las manos las tenía como petrificadas, la piel de las palmas tan gruesa que podía pasarse por ella, sin que sangrase, una aguja enhebrada.

Con un movimiento más lento de rotación sacó las piernas fuera de la cama. Los muslos delgados y las rodillas blancas por la fricción de los pantalones que le dejaron rapado el vello entristecían y enfadaban profundamente a Silvestre. Se enorgullecía de su tronco,



sin duda, pero le daban rabia sus piernas, tan escuálidas que ni parecían pertenecerle.

Contemplando con desaliento los pies descalzos asentados en la alfombra, Silvestre se rascó la cabeza grisácea. Después se pasó la mano por el rostro, palpándose los huesos y la barba. De mala gana se levantó y dio algunos pasos por el dormitorio. Tenía una figura algo quijotesca, encaramado en las altas piernas como si fueran ancas, en calzoncillos y camiseta, el mechón de pelo manchado de sal y pimienta, la nariz grande y adunca, y ese tronco poderoso que las piernas apenas soportaban.

Buscó los pantalones y no dio con ellos. Asomando el cuello al otro lado de la puerta, gritó:

—Mariana, eh, Mariana, ¿dónde están mis pantalones?

(Voz de dentro.)

—Ya los llevo.

Por el modo de andar se adivinaba que Mariana era gorda y que no podría ir más deprisa. Silvestre tuvo que esperar un buen rato y esperó con paciencia. La mujer apareció en la puerta:

—Aquí están.

Traía los pantalones doblados en el brazo derecho, un brazo más gordo que las piernas de Silvestre. Y añadió:

—No sé qué les haces a los botones de los pantalones, que todas las semanas desaparecen. Estoy viendo que los voy a tener que coser con alambre...

La voz de Mariana era tan contundente como su dueña. Y era tan franca y bondadosa como sus ojos. Estaba lejos de pensar que hubiera dicho una gracia, pero el marido sonrió con todas las arrugas de la cara y con los pocos dientes que le restaban. Recibió los pantalones, se los puso bajo la mirada complaciente de la mujer y se quedó satisfecho ahora que el vestuario hacía su cuerpo más proporcionado y regular. Silvestre estaba tan orgulloso de su cuerpo como Mariana desprendida de lo que la naturaleza le diera. Ninguno de ellos se engañaba acerca del otro y bien sabían que el fuego de la juventud se había apagado para siempre jamás, pero se amaban tiernamente, hoy como hacía treinta años, cuando se casaron. Tal vez ahora su amor fuera mayor, porque ya no se alimentaba de perfecciones reales o imaginadas.

Silvestre siguió a la mujer hasta la cocina. Se metió en el cuarto de baño y regresó diez minutos después, ya aseado. Venía sin peinar porque era imposible domar la greña que le dominaba (*dominar* es el término) la cabeza, «el lambaz del barco», como lo llamaba Mariana.

Las dos tazas de café humeaban sobre la mesa y había en la cocina un olor bueno y fresco a limpieza. Las mejillas redondas de Mariana resplandecían y todo su cuerpo obeso retemblaba y vibraba al moverse entre los fogones.

—¡Cada vez estás más gorda, mujer!...

Y Silvestre rió. Mariana rió con él. Dos niños, sin quitar ni poner nada. Se sentaron a la mesa. Tomaron café caliente con grandes sorbos ruidosos, jugueteando. Cada uno quería vencer al otro sorbiendo.

—A ver, ¿qué decidimos?

Ahora Silvestre ya no reía. Mariana también puso cara ceñuda. Hasta las mejillas parecían menos sonrosadas.

—Yo no sé. Tú eres quien decide.

—Te lo dije ayer. La suela está cada vez más cara. Los parroquianos se quejan de que cobro mucho. Es la suela... No puedo hacer milagros. Ya me gustaría que me dijeran quién trabaja más barato que yo. Y todavía se quejan...

Mariana cortó la protesta. Por ese camino no llegarían a ningún sitio. Lo que necesitaban decidir era la cuestión del huésped.

—Pues sí, estaría bien. Nos ayudaría a pagar la renta y, si fuera un hombre solo y tú te quisieras encargar de su ropa, se redondearían las cuentas.

Mariana apuró el café dulzón del fondo de la taza y respondió:

—A mí no me importa. Siempre es una ayuda...

—Pues lo es. Pero estamos otra vez metiendo huéspedes, después de vernos libres de esa caballería que por fin se fue...

—¡Qué remedio! Con que sea buena persona...

Yo me llevo bien con toda la gente, si la gente se lleva bien conmigo.

—Probamos una vez más... Un hombre solo, que venga a dormir, eso es lo que nos conviene. Luego, por la tarde, iré a poner el anuncio —masticando todavía el último bocado de pan, Silvestre se levantó y declaró—: Bueno, me voy a trabajar.

Regresó al dormitorio y caminó hacia la ventana. Corrió la cortina que hacía de pequeño biombo separador del dormitorio. Al otro lado de la habitación había una tarima alta y sobre ella, el banco de trabajo. Herramientas, hormas, trozos de hilo, latas de tachuelas pequeñas, retales de seda y de piel. A un lado, la caja de tabaco francés y los fósforos.

Silvestre abrió la ventana y echó un vistazo al exterior. Nada nuevo. Poca gente pasaba por la calle. No muy lejos, una mujer pregonaba habas secas. Silvestre no entendía cómo podía vivir aquella mujer. Ninguno de sus conocidos comía habas secas, él mismo no las comía desde hacía más de veinte años. Otros tiempos, otras costumbres, otras comidas. Resumida la cuestión con estas palabras, se sentó. Abrió la caja de tabaco, pescó el papel de entre el batiburrillo de objetos que abarrotaban la mesa y se lió un cigarro. Lo encendió, saboreó una calada y puso manos a la obra. Tenía unos contrafuertes delanteros que poner y ése era un trabajo en el que siempre aplicaba todo su saber.

De vez en cuando miraba de reojo la calle. La mañana iba clareando poco a poco, aunque el cielo estuviera cubierto y hubiese en la atmósfera un ligero velo de niebla que desdibujaba los contornos de las cosas y de las personas.

Entre la multitud de ruidos que ya despertaban en el edificio, Silvestre comenzó a distinguir un taconeo en las escaleras. Lo identificó inmediatamente. Oyó abrir la puerta de la calle y se asomó:

—Buenos días, señorita Adriana.

—Buenos días, señor Silvestre.

La mujer se detuvo debajo de la ventana. Era bajita y usaba gafas de lente gruesa que le transformaban los ojos en dos bolitas minúsculas e inquietas. Estaba a mitad de camino entre los treinta y los cuarenta, y alguna que otra cana le aparecía en el peinado sencillo.

—Conque al trabajo, ¿no?

—Eso es. Hasta luego, señor Silvestre.

Era así todas las mañanas. Cuando Adriana salía de casa, ya el zapatero estaba en la ventana del entresuelo. Imposible escapar sin ver aquella guedeja desgreñada y sin oír y corresponder a los inevitables saludos. Silvestre la seguía con la mirada. Vista de lejos le parecía, según la comparación pintoresca del zapatero, «un saco mal atado». Al llegar a la esquina de la calle, Adriana se volvió y lanzó un gesto de adiós al segundo piso. Después, desapareció.

Silvestre dejó el zapato y asomó la cabeza fuera de la ventana. No era cotilla, pero le gustaban las vecinas del segundo, buenas clientas y buenas personas. Con la voz alterada por la posición del cuello, saludó:

—¡Hola, señorita Isaura! ¿Qué tal va el día hoy?

Del segundo piso, atenuada por la distancia, llegó la respuesta:

—No está mal, no. La niebla...

No se llegó a saber si la niebla perjudicaba, o no, la belleza de la mañana. Isaura dejó morir el diálogo y cerró la ventana despacio. No le disgustaba el zapatero, su aire al mismo tiempo reflexivo y risueño, pero esa mañana no se sentía con ánimo para conversaciones. Tenía un montón de camisas para acabar antes del fin de semana. El sábado debería entregarlas, fuera como fuera. De buena gana acabaría de leer la novela. Sólo le faltaban unas cincuenta páginas y estaba en el capítulo más interesante. Esos amores clandestinos, sustentados a través de mil peripecias y contrariedades, la tenían prendida. Además, la novela estaba bien escrita. Isaura tenía experiencia suficiente de lectora para saber juzgar. Dudó. Demasiado bien sabía que ni siquiera tenía derecho a dudar. Las camisas la esperaban. Oía dentro un sonido de voces: la madre y la tía hablaban. Mucho hablaban aquellas mujeres. ¿Qué tenían que decirse todo el santo día, que no estuviera ya dicho mil veces?

Atravesó la habitación donde dormía con la hermana. La novela se hallaba en la cabecera. Le echó

dos miradas, pero siguió adelante. Se detuvo ante el espejo del armario, que la reflejó de la cabeza a los pies. Llevaba puesta una bata de estar por casa que le modelaba el cuerpo plano y flaco, pero flexible y elegante. Con las puntas de los dedos se recorrió las mejillas pálidas donde las primeras arrugas abrían surcos finos, más adivinados que visibles. Suspiró ante la imagen que el espejo le mostraba y huyó de ella.

En la cocina, las dos viejas seguían hablando. Muy parecidas, el pelo blanco, los ojos castaños, los mismos vestidos negros de corte sencillo, hablaban con vocecitas agudas y rápidas, sin pausas y sin modulación:

—Ya te lo he dicho. Hay más tierra que carbón. Es necesario ir a la carbonería y reclamar —decía una.

—Está bien —respondía la otra.

—¿De qué hablan? —preguntó Isaura mientras entraba.

Una de las viejas, la de mirada más viva y de cabeza más erguida, contestó:

—Del carbón, que es una pena. Hay que reclamar.

—Está bien, tía.

La tía Amelia era, por decirlo de alguna manera, la gestora de la casa. Era ella la que cocinaba, hacía las cuentas y dividía las raciones en los platos. Cándida, la madre de Isaura y Adriana, se ocupaba de las tareas domésticas, de las ropas, de los pequeños bordados que ornamentaban profusamente los muebles

y de los solitarios con flores de papel que sólo en los días festivos eran sustituidas por flores auténticas. Cándida era la mayor y, tal como Amelia, viuda. Viudas a las que la vejez ya había tranquilizado.

Isaura se sentó ante la máquina de coser. Antes de comenzar el trabajo, miró el río tan ancho, la otra orilla oculta por la niebla. Parecía el océano. Los tejados y las chimeneas estropeaban la ilusión, pero, incluso así, haciendo un esfuerzo para no verlos, el océano surgía en esos pocos kilómetros de agua. Una alta chimenea de fábrica, a la izquierda, embadurnaba el cielo blanco con bocanadas de humo.

A Isaura siempre le gustaban esos momentos en que, antes de curvar la cabeza sobre la máquina, dejaba correr los ojos y el pensamiento. El paisaje era siempre igual, pero sólo lo encontraba monótono en los días de verano, pesadamente azules y luminosos, en que todo es evidente y definitivo. Una mañana de niebla como ésta, de niebla liviana que no acababa de impedir la visión, cubría la ciudad de imprecisiones y de sueños. Isaura saboreaba todo esto. Prolongaba el placer. Por el río pasaba una fragata, con tal suavidad que era como si flotara en una nube. La vela roja parecía rosa a través de las gasas de la niebla. De súbito se sumergió en una nube más espesa que rozaba el agua y, cuando iba a emerger de nuevo ante los ojos de Isaura, desapareció tras la zaga de un edificio.

Isaura suspiró. Era el segundo suspiro de esa mañana. Sacudió la cabeza como quien sale de una inmersión prolongada, y matraqueó la máquina con furia. El tejido corría debajo del pie prensatelas y los dedos lo guiaban mecánicamente, como si formaran parte del engranaje. Aturdida por el sonsonete, le pareció a Isaura que alguien le hablaba. Detuvo la rueda de golpe y el silencio reflujo. Volvió la cabeza:

—¿Qué?

La madre repitió:

—¿No crees que es un poco pronto?

—¿Pronto? ¿Por qué?

—Ya lo sabes... El vecino...

—Pero, madre, ¿qué voy a hacer? ¿Qué culpa tengo yo de que el vecino de abajo trabaje de noche y duerma de día?

—Por lo menos podías esperar hasta más tarde. No me gusta nada tener problemas con la vecindad...

Isaura se encogió de hombros. Pedaleó otra vez y le dijo, elevando la voz por encima del ruido de la máquina:

—¿Quieres que vaya a la tienda a pedirles que esperen?

Cándida movió la cabeza sin perder la paciencia. Era una criatura siempre perpleja e indecisa, que sufría el dominio de su hermana, tres años más joven que ella, y con la conciencia aguda de que vivía a costa de sus hijas. Deseaba, por encima de todo, no molestar a nadie,

pasar inadvertida, apagada como una sombra en la oscuridad. Iba a responder, pero al oír los pasos de Amelia se calló y regresó a la cocina.

Entretanto, Isaura, lanzada en el trabajo, llenaba la casa de ruido. El suelo vibraba. Las mejillas pálidas se le coloreaban poco a poco y una gota de sudor comenzaba a brotarle en la frente. Sintió una vez más que alguien se aproximaba y redujo el ritmo.

—No necesitas trabajar tan deprisa. Te cansas.

La tía Amelia nunca decía palabras superfluas. Apenas las necesarias y no más que las indispensables. Pero las decía de una manera que quienes las oían apreciaban el valor de la concisión. Las palabras parecían nacerle en la boca en el momento en que eran dichas: venían todavía repletas de significado, pesadas de sentido, vírgenes. Por eso dominaban y convencían. Isaura aminoró la velocidad.

Pocos minutos después, sonó el timbre de la puerta. Cándida abrió, tardó unos instantes y regresó apurada y temblorosa, murmurando:

—¿No te lo decía?... ¿No te lo decía?...

Amelia levantó la cabeza:

—¿El qué?

—Es la vecina de abajo, que viene a reclamar. Este ruido... Sal tú, sal tú...

La hermana dejó los platos que estaba lavando, se secó las manos con un paño y se dirigió a la puerta. En el rellano se encontraba la vecina de abajo.



—Buenos días, doña Justina. ¿Qué desea?

Amelia, en cualquier momento y en cualquier circunstancia, era la delicadeza en persona. Pero le bastaba un leve toque en esa calidez para ser terriblemente fría. Las pupilas pequeñísimas se clavaban en el rostro que miraban, provocándole una impresión de malestar y de incomodidad imposible de reprimir.

La vecina se entendía bien con la hermana de Amelia y había estado a punto de decirle lo que la obligaba a subir. Ahora le aparecía delante un rostro menos tímido y una mirada más directa. Articuló:

—Buenos días, doña Amelia. Es mi marido... Trabaja toda la noche en el periódico, como sabe, y sólo puede descansar por la mañana... Se pone de mal humor cuando lo despiertan y soy yo quien lo tiene que oír. Si pudiesen hacer menos ruido con la máquina, lo agradecería...

—Bueno, no sé. Mi sobrina necesita trabajar.

—Lo entiendo. Por mí está bien, no me importa, pero ya sabe cómo son los hombres...

—Lo sé, lo sé. Y también sé que su marido no se preocupa mucho por el descanso de los vecinos cuando entra de madrugada.

—Y ¿qué puedo hacer yo? Ya he desistido de intentar convencerlo de que suba las escaleras como una persona.

La figura larga y macilenta de Justina se animaba. En sus ojos comenzaba a brillar una pequeña luz maligna. Amelia terminó la conversación.



—Esperaremos un poco más. Esté tranquila.

—Muchas gracias, doña Amelia.

Amelia murmuró un «con permiso» seco y breve y cerró la puerta. Justina bajó las escaleras. Vestía luto cerrado y, así, muy alta y fúnebre, con el pelo negro y una raya larga en el centro, parecía un muñeco mal articulado, demasiado grande para ser mujer y sin la menor señal de gracia femenina. Sólo los ojos negros, hundidos en las ojeras maceradas de diabética, eran paradójicamente hermosos, pero tan graves y serios que la gracia no habitaba en ellos.

Al llegar al rellano se detuvo ante la puerta que quedaba enfrente de la suya y aproximó el oído. De dentro no llegaba sonido alguno. Hizo un gesto de desprecio y se apartó. Cuando iba a entrar, oyó abrirse una puerta en el piso de arriba y, a continuación, un ruido de voces. Recolocó el felpudo, a fin de tener un pretexto para no salir de allí.

De arriba llegaba un diálogo animado:

—Ella, lo que no quiere es ir a trabajar —decía una voz femenina con irritada aspereza.

—Sea lo que sea, da lo mismo. Es necesario tener cuidado de la niña: está en una edad peligrosa —respondió una voz de hombre—. Nunca se sabe por dónde pueden ir las cosas.

—¿Qué edad peligrosa? ¿Por qué? Siempre estás con lo mismo. ¿Con diecinueve años, edad peligrosa? Tienes cada ocurrencia...

Justina creyó conveniente sacudir el felpudo con fuerza para anunciar su presencia. La conversación de arriba se interrumpió. El hombre comenzó a bajar la escalera, al mismo tiempo que decía:

—No la obligues a ir. Si hay alguna novedad, me llamas a la oficina. Hasta luego.

—Hasta luego, Anselmo.

Justina cumplimentó al vecino con una sonrisa sin amabilidad. Anselmo pasó por delante, hizo un gesto solemne tocándose el ala del sombrero y articuló con bello timbre una salutación ceremoniosa. La puerta de la calle, abajo, se cerró con un golpe lleno de personalidad cuando él salió. Justina saludó dirigiéndose hacia arriba.

—Buenos días, doña Rosalía.

—Buenos días, doña Justina.

—¿Qué le pasa a María Claudia? ¿Está enferma?

—¿Cómo lo sabe?

—Estaba aquí, sacudiendo el felpudo, y he oído a su marido. Me ha parecido entender...

—Eso son mimos. Anselmo no puede oír a su hija quejarse. Es superior a sus fuerzas... Dice que le duele la cabeza. Cuento es lo que tiene. ¡Tan grande es el dolor de cabeza, que ya está durmiendo otra vez!

—Nunca se sabe, doña Rosalía. Así me quedé yo sin mi hija, que Dios la tenga en su gloria. No era nada, no era nada, le decían, y se la llevó una meningitis... —sacó un pañuelo y se sonó con fuerza. Luego

siguió—: Pobrecilla... Con ocho años... No se me olvida... Y ya hace dos años. ¿Se acuerda, doña Rosalía?

Doña Rosalía se acordaba y se enjugó una lágrima de circunstancia. Justina iba a insistir, a recordar pormenores ya sabidos apoyada en la compasión aparente de la vecina, cuando una voz ronca le cortó las palabras:

—Justina.

La cara pálida de Justina se endureció como si fuera piedra. Continuó la conversación con Rosalía hasta que la voz se oyó más alta y violenta:

—¡¡¡Justina!!!!

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Haz el favor de venir adentro. No me gustan las conversaciones en las escaleras. ¡Si estuvieras tan harta de trabajar como yo, no tendrías tantas ganas de darle a la lengua!

Justina se encogió de hombros con indiferencia y siguió con la charla. Pero la otra, incómoda por la escena, se despidió. Justina entró en casa. Rosalía bajó algunos escalones y aguzó el oído. A través de la puerta pasaron exclamaciones ásperas. Después, súbitamente, el silencio.

Era siempre así. Se oía al hombre bufar, luego la mujer pronunciaba algunas pocas e inaudibles palabras y él se callaba. Rosalía encontraba eso muy raro. El marido de Justina tenía fama de bravucón, con su corpachón hinchado y sus modos groseros. Aún no

había cumplido los cuarenta años y parecía mayor por culpa del rostro flácido, las bolsas de los ojos y el labio inferior reluciente siempre caído. Nadie entendía cómo y por qué se habían casado dos seres tan distintos. La verdad es que tampoco nadie recordaba haberlos visto juntos en la calle. Y, más aún, nadie se explicaba cómo de dos personas nada bonitas (los ojos de Justina eran bellos pero no bonitos) pudo nacer una hija de tal manera graciosa como lo era la pequeña Matilde. Se diría que la naturaleza se equivocó y que, más tarde, descubriendo el engaño, trató de enmendarlo haciendo desaparecer a la criatura.

Lo cierto es que el violento y áspero Caetano Cunha, linotipista en el *Diario de Noticias*, siempre a punto de estallar de grasa, novedades y mala educación, tras tres exclamaciones agresivas se callaba ante el murmullo de la mujer, la diabética y débil Justina, a la que un soplo bastaría para derrumbar.

Era un misterio que no conseguían desvelar. Esperó más, pero el silencio era total. Se recogió en su casa, cerrando la puerta con cuidado para no despertar a la hija que dormía.

Que dormía o fingía dormir. Rosalía echó una mirada por el resquicio de la puerta. Le pareció ver que temblaban los párpados de la hija. La abrió completamente y avanzó hasta la cama. María Claudia cerraba los ojos con demasiada e innecesaria fuerza. Las arrugas pequeñas, subrayadas por el esfuerzo, seña-

laban el lugar donde más tarde acabarían apareciendo las patas de gallo. La boca carnosa conservaba todavía restos del pintalabios del día anterior. El pelo castaño, corto, le daba un toque de muchacho rufián que otorgaba a su belleza un aire picante y provocador, casi equívoco.

Rosalía miraba a la hija, desconfiando de ese sueño profundo que tenía todo el aspecto de la impostura. Dio un pequeño suspiro. Después, en un gesto de cariño maternal, arregló el embozo alrededor del cuello de la chica. La reacción fue inmediata. María Claudía abrió los ojos. Se rió, quiso disimular, pero ya era tarde:

—Me haces cosquillas, mamita.

Furiosa por el engaño y, sobre todo, porque la hija la sorprendió en flagrante delito de amor maternal, Rosalía respondió malhumorada:

—¿Conque estabas durmiendo? Ya no te duele la cabeza, ¿verdad? Tú lo que no quieres es ir a trabajar, eres una vaga.

Como para darle la razón a la madre, la muchacha se desperezó despacio, saboreando la distensión de los músculos. El camión adornado de encajes se abría con el movimiento del pecho al hincharse y dejaba ver dos senos pequeños y redondos. Incapaz de explicar el porqué, entendía que ese movimiento descuidado la ofendía, así que Rosalía no pudo reprimir su desagrado y protestó:

—¡A ver si te tapas! ¡Hoy sois de tal manera, que no tenéis vergüenza ni delante de vuestra madre!

María Claudia abrió los ojos. Los tenía azules, de un azul brillante, aunque frío, tal como las estrellas que están lejos y de las que, por eso, sólo nos llega la luminosidad.

—Pero ¿qué tiene de malo? Vale. Ya estoy tapada.

—Cuando yo tenía tu edad, si aparecía así delante de mi madre, me llevaba una bofetada.

—Pues mira que era pegar por poco...

—¿Eso crees? Pues es lo que tú estás necesitando.

María Claudia levantó los brazos desperezándose con disimulo. Luego bostezó.

—Los tiempos son otros, madre.

Rosalía respondió, mientras abría la ventana:

—Sí, son otros. Y peores —luego volvió hacia la cama—. Vamos a ver: ¿vas a ir a trabajar o no?

—¿Qué hora es?

—Casi las diez.

—Ahora ya es tarde.

—Pero hace poco no lo era.

—Me dolía la cabeza.

Las frases cortas y rápidas denunciaban irritación por una y otra parte. Rosalía hervía de cólera reprimida, María Claudia estaba molesta con las observaciones moralistas de la madre.

—¡Te dolía la cabeza, te dolía la cabeza!... Valiente fingidora eres...

—He dicho que me dolía la cabeza, ¿qué quieres que haga?

Rosalía explotó:

—¿Es así como se responde? Que soy tu madre, ¿me oyes?

La chica no se amilanó. Se encogió de hombros, queriendo decir con el gesto que ese punto no merecía discusión, y, de un salto, se levantó. Se quedó de pie, con el camisón de seda marcándole el cuerpo suave y bien formado. En el hervor de la irritación de Rosalía cayó la frescura de la belleza de la hija y el arrebató desapareció como agua en arena seca. Se sentía orgullosa de María Claudia, del lindo cuerpo que tenía. Las palabras que dijo acto seguido eran una rendición.

—Hay que avisar a la oficina.

María Claudia no dio muestras de percibir el cambio de tono. Respondió indiferente:

—Voy abajo, a casa de doña Lidia, a telefonar.

Rosalía se irritó de nuevo, tal vez porque la hija se puso una bata de andar por casa y, ahora, discretamente vestida, era incapaz de agradarla.

—Sabes bien que no me gusta que entres en casa de doña Lidia.

Los ojos de María Claudia eran más inocentes que nunca:

—¿Y eso? ¿Por qué? No lo entiendo.

Si la conversación continuara, Rosalía tendría que decir cosas que prefería callar. Sabía que la hija no las ignoraba, pero entendía que hay asuntos que es perjudicial tocar delante de una joven soltera. De la educación recibida se le quedó una noción del respeto que debe existir entre padres e hijos y la aplicaba. Simuló no haber comprendido la pregunta y salió del dormitorio.

María Claudia, sola, sonrió. Ante el espejo se desabotonó la bata, se abrió el camisón y contempló los senos. Se estremeció. Una leve rojez le tiñó el rostro. Sonrió de nuevo, un poco nerviosa, pero contenta. Lo que había hecho le provocó una sensación agradable, con un sabor a pecado. Después se abotonó la bata, se miró una vez más al espejo y dejó la habitación.

En la cocina, se aproximó a la madre, que tostaba rebanadas de pan, y le dio un beso. Rosalía no podría negar que le gustó el beso. No se lo devolvió, pero el corazón hizo palmas de alegría.

—Ve a lavarte, que las tostadas están casi listas.

María Claudia se encerró en el cuarto de baño. Regresó fresquísima, la piel brillante y limpia, los labios sin pintura ligerísimamente entumecidos por el agua fría. Los ojos de la madre centellearon al verla. Se sentó a la mesa y comenzó a comer con apetito.

—Sabe bien quedarse en casa alguna que otra vez, ¿no? —preguntó Rosalía.

La muchacha rió con gusto:

—¿Ves? ¿Tengo o no tengo razón?

Rosalía sintió que había cedido demasiado. Quiso enmendar, componer la frase.

—Está bien, pero es bueno no abusar.

—En la oficina no están descontentos conmigo.

—Podrían estarlo, hija. Es necesario que conserves el empleo. El salario de tu padre no es grande, ya lo sabes.

—Tranquila. Sé hacer las cosas.

A Rosalía le gustaría saber cómo, pero no quiso preguntar. Acabaron el desayuno en silencio. María Claudia se levantó y dijo:

—Voy a pedirle a doña Lidia que me deje llamar por teléfono.

La madre todavía abrió la boca para objetar, pero se calló. La hija iba ya por el pasillo:

—No es necesario que cierres la puerta, ya que no vas a tardar.

En la cocina, Rosalía oyó cerrarse la puerta. No quiso pensar que la hija lo hubiera hecho a propósito, para contrariarla. Llenó el fregadero y comenzó a lavar la loza sucia del desayuno.

María Claudia no compartía los escrúpulos de la madre en cuanto a la inconveniencia de las relaciones con la vecina de abajo, y, por el contrario, encontraba a doña Lidia muy simpática. Antes de llamar, se enderezó el cuello de la bata y se pasó la mano por el pelo. Lamentó no haberse puesto un poco de color en los labios.

El timbre emitió un sonido estridente que se expandió en el silencio de la escalera. Por un pequeño ruido que oyó, María Claudia tuvo la certeza de que Justina la observaba por la mirilla. Iba a volverse, con un gesto de provocación, cuando en ese momento se abrió la puerta y apareció doña Lidia.

—Buenos días, doña Lidia.

—Buenos días, Claudiña. ¿Qué te trae por aquí?
¿No quieres entrar?

—Si me lo permite...

En el pasillo penumbroso la muchacha sintió que la envolvía la tupidez perfumada del ambiente.

—Dime, ¿qué tal va todo?

—Vengo a molestarla una vez más, doña Lidia.

—Por favor, no molestas nada. Bien sabes el gusto que me da que vengas a mi casa.

—Gracias. Quería pedirle que me dejara llamar por teléfono a la oficina para decirles que hoy no voy a trabajar.

—Por supuesto.

La empujó suavemente hacia el dormitorio. María Claudia nunca entraba allí sin perturbarse. La habitación de Lidia tenía una atmósfera que la entontecía. Los muebles eran bonitos, no había visto otros iguales, espejos, cortinas, un sofá rojo, una alfombra gruesa en el suelo, frascos de perfume en el tocador, un olor a tabaco caro, pero nada de esto, por separado, era responsable de su turbación. Tal vez el conjunto,

tal vez la presencia de Lidia, alguna cosa imponderable y vaga, como un gas que pasa a través de todos los filtros y corroe y quema. En la atmósfera del dormitorio perdía siempre el dominio de sí misma. Se quedaba aturdida como si hubiera bebido champán, con unas irresistibles ganas de hacer disparates.

—Allí está el teléfono —dijo Lidia—. A voluntad.

Hizo un movimiento para retirarse, pero María Claudia añadió rápidamente:

—No, por mí no, doña Lidia. Esto no tiene ninguna importancia...

Pronunció la última frase con una entonación y una sonrisa que parecían querer decir que otras cosas tendrían importancia y que doña Lidia bien sabía cuáles. Estaba de pie, y Lidia exclamó:

—Siéntate, Claudiña. Ahí mismo, en el borde de la cama.

Con las piernas temblándole, se sentó. Posó la mano libre sobre el edredón forrado de satén azul y, sin darse cuenta, se puso a acariciar el tejido acolchado, casi con voluptuosidad. Lidia no parecía estar atenta. Abrió una pitillera y encendió un Camel. No fumaba por vicio o por necesidad, pero el cigarro formaba parte de una complicada red de actitudes, palabras y gestos, todos con el mismo objetivo: impresionar. Eso, en sí mismo, ya se había transformado en una segunda naturaleza: si estaba acompañada, fuese cual fuese la compañía, trataría de impresionar. El cigarro, el arras-

trar lento de la cerilla, la primera bocanada de humo, larga, soñadora, todo eran cartas del juego.

María Claudia explicaba por teléfono, con muchos gestos y exclamaciones, su «terrible» dolor de cabeza. Lo hacía con expresiones entrecortadas, expresiones propias de quien está muy enfermo. A hurtadillas, Lidia observaba la mímica. Por fin, la muchacha colgó y se levantó:

—Ya está, doña Lidia. Muchas gracias.

—Anda. Ya sabes que está siempre disponible.

—Por favor, aquí le dejo los cinco céntimos de la llamada.

—No seas ridícula. Guarda tu dinero. ¿Cuándo vas a perder el hábito de pagarme las llamadas?

Sonrieron ambas, mirándose. Súbitamente, María Claudia tuvo miedo. No había de qué tener miedo, por lo menos ese miedo físico e inmediato, pero, de un momento a otro, sintió una presencia asustadora en la habitación. Tal vez la atmósfera, que hasta hacía poco la aturdí, se tornó, de pronto, sofocante.

—Bien, me voy. Y una vez más, gracias.

—¿No quieres quedarte un poco más?

—Tengo cosas que hacer. Mi madre me está esperando.

—No te retengo, entonces.

Lidia llevaba una bata de tafetán recio, rojo, con reflejos verdosos como el de los élitros de ciertos abejorros, y dejaba tras de sí un rastro de perfume intenso.

Oyendo el frufrú de la tela y, sobre todo, aspirando el aroma cálido y embriagador que se desprendía de Lidia, aroma que no era sólo del perfume, que era, también, el del propio cuerpo, María Claudia sentía que estaba a punto de perder completamente la serenidad.

Cuando Claudiña, después de repetir los agradecimientos, salió, Lidia regresó al dormitorio. El cigarro se quemaba lentamente en el cenicero. Le aplastó la punta para apagarlo. Después se tumbó en la cama. Unió las manos bajo la nuca y se acomodó sobre el blando edredón que María Claudia había acariciado. El teléfono sonó. Con un gesto lleno de pereza, levantó el auricular:

—Sí... Soy yo... Ah, sí. (...) Quiero. ¿Cuál es el menú de hoy? (...) Está bien. Sirve. (...) No, eso no. (...) Mmm... Está bien. (...) ¿Y la fruta? (...) No me gusta. (...) No se moleste. No me gusta. (...) Puede ser. (...) Bueno. No lo mande tarde. (...) Y no se olvide de enviarme la cuenta del mes. (...) Buenos días.

Colgó el auricular y se dejó caer otra vez en la cama. Bostezó de forma abierta, con la tranquilidad de quien no teme observadores indiscretos, un bostezo que ponía en evidencia la ausencia de los últimos molares.

Lidia no era bonita. Rasgo por rasgo, el análisis concluiría que era ese tipo de fisonomía que está tan lejos de la belleza como de la vulgaridad. En este momento le perjudicaba no estar maquillada. Tenía el

rostro brillante por la crema de noche, y las cejas, en los extremos, exigían depilación. Lidia no era, de hecho, bonita, sin contar el dato importante de que el calendario ya había marcado el día en que cumplió treinta y dos años y que los treinta y tres no venían lejos. Pero de toda ella se desprendía una seducción absorbente. Tenía los ojos marrón oscuro y el pelo negro. La cara adquiría, en momentos de cansancio, una dureza masculina, especialmente alrededor de la boca y en torno a la nariz, pero Lidia sabía, con una ligera transformación, convertirla en acariciante, seductora. No pertenecía al tipo de mujeres que atrae por las formas del cuerpo, y, sin embargo, de la cabeza a los pies irradiaba sensualidad. Era bastante hábil para provocar en sí misma cierto estremecimiento que dejaba al amante sin raciocinio, imposibilitado para defenderse de lo que suponía que era natural, esa ola simulada en que el amante se ahogaba creyéndola verdadera. Lidia lo sabía. Todo eran cartas de su juego: su cuerpo, delgado como un junco y vibrante como una vara de acero, su mayor triunfo.

Dudó entre dormir y levantarse. Pensaba en María Claudia, en su belleza fresca de adolescente, y, por un instante, pese a considerar indigna de ella la comparación con una niña, sintió un brusco golpe en el corazón, un movimiento de envidia que le frunció la frente. Quiso arreglarse, pintarse, poner entre la juventud de María Claudia y su seducción de mujer

experimentada la mayor distancia posible. Se levantó aprisa. Encendió el calentador: el agua del baño estaba lista. Con un solo gesto se despojó de la bata. Después se levantó el camisón por los bordes y se lo quitó por la cabeza. Se quedó completamente desnuda. Comprobó la temperatura del agua y se metió en la bañera. Se lavó despacio. Lidia conocía el valor del aseo en su situación.

Limpia y fresca, se envolvió en un albornoz y fue a la cocina. Antes de regresar al dormitorio encendió el hornillo de gas y puso en el fuego un recipiente para hacerse el té.

En su habitación, eligió un vestido sencillo pero gracioso, que le marcaba las formas haciéndola más joven, y se arregló sumariamente la cara, contenta de sí misma y de la crema que usaba. Regresó a la cocina. El agua ya hervía. Retiró el recipiente. Cuando abrió la lata del té observó que estaba vacía. Puso cara de contrariedad. Dejó la lata y volvió al dormitorio. Iba a llamar a la tienda, llegó a levantar el auricular, pero al oír que alguien hablaba en la calle, abrió la ventana.

La niebla ya se iba levantando y el cielo aparecía azul, de un azul aguado de comienzo de primavera. El sol llegaba de muy lejos, tan lejos que la atmósfera estimulaba la frescura.

En la ventana del entresuelo izquierdo del edificio, una mujer le daba, y volvía a darle, un recado a un niño rubio que la miraba desde abajo, con la nariz

fruncida por el esfuerzo de atención que estaba haciendo. Hablaba con acento español y abundantemente. El chico ya había entendido que la madre quería diez céntimos de pimienta y estaba dispuesto a partir, pero ella repetía el encargo sólo por el gusto de hablar con el hijo y de oírse a sí misma. Parecía que no había más recomendaciones. Lidia intervino:

—¡Doña Carmen, doña Carmen!

—*¿Quién me llama? ¡Ah, buenos días!,** doña Lidia.

—Buenos días. ¿Permite que Enriquito me haga un recado en la tienda? Necesito té...

Le dio el recado y lanzó un billete de veinte escudos para el chico. Enrique echó a correr calle arriba, como si lo persiguieran perros. Lidia le dio las gracias a doña Carmen, que respondía en su lengua de trapo, alternando palabras españolas con frases portuguesas y dejando éstas chorreando sangre en su pronunciación. Lidia, a quien no le gustaba exhibirse en la ventana, se despidió. Poco después llegó Enriquito, muy colorado por la carrera, con el paquete de té y el cambio. Lo gratificó con diez céntimos y un beso y el chico se fue.

La taza llena, un plato de pastas al lado, Lidia se instaló de nuevo en la cama. Mientras comía iba leyendo un libro que había sacado de un pequeño armario

* En español en el original. (N. de la T.)

del comedor. Llenaba el vacío de sus días desocupados con la lectura de novelas y tenía algunas, de buenos y de malos autores. En este momento estaba interesadísima en el mundo fútil e inconsecuente de *Los Maya*. Iba bebiendo el té a pequeños sorbos, mordía un palito *de la reine* y leía un párrafo, exactamente ese en que María Eduarda le espeta a Carlos la declaración de que «además de tener el corazón adormecido, su cuerpo permanece siempre frío, frío como el mármol...». A Lidia le gustó la frase. Buscó un lápiz para marcarla, pero no lo encontró. Entonces se levantó con el libro en la mano y fue hasta el tocador. Con el lápiz de labios hizo una señal al margen de la página, una línea roja que dejaba subrayado un drama o una farsa.

De la escalera le llegó un ruido de escoba. Enseguida, la voz aguda de doña Carmen entonó una copla melancólica. Y, al fondo, tras esos ruidos de primer plano, el zumbido perforador de una máquina de coser y los golpes secos de un martillo sobre una suela.

Con una pasta delicadamente sostenida entre los dientes, Lidia recomenzó la lectura.